**Homilía Primera Pascua de Matías Valenzuela ss.cc**

***Matías, ya eres el silencio que toda tu vida buscó.***

La tarde del 28 de enero del año pasado, a muchos de los que estamos aquí, nos sorprendió la noticia de un repentino desmayo de Matías. El breve desconcierto inicial fue opacado rápidamente por la noticia de un diagnóstico grave. Pocos minutos después se nos comunicó su partida, la cual provoca hasta el día de hoy una tristeza profunda en muchas familias, jóvenes y niños y niñas de diferentes lugares.

Su mirada se apagó en silencio, como un viajero nocturno, y algo de nuestra vida murió esa tarde. Qué poco sentido tiene la muerte de quienes han vivido enamorados de la vida. Sabiendo que “no hay frontera entre los que sufren” (Etti Hillesum), muchos de los que estamos aquí nos hemos conocido a partir de esta pena. Algunos están en este lugar y otros están siguiendo esta celebración a la distancia. La muerte de Matías, todavía difícil de procesar, ha comenzado a tejer una hermosa red de amistad.

Su partida nos dejó totalmente desamparados. Todos estos meses hemos vivido la noche del desamparo, sólo alumbrados por la tenue luz de esperanza que nos regala hoy el profeta Isaías: “El Señor destruirá la muerte para siempre y enjugará las lágrimas de todos los rostros. Ahí está nuestro Dios, de quien esperábamos la salvación”.

Ya ha pasado un año de ese triste día, en el que nuestra vida ha quedado un poco más sola al perder a ese amigo y compañero que alentaba nuestros sueños y utopías. Te lloran en cada uno de los lugares que viviste y compartiste tu “fragilidad entusiasmada”. Y probablemente también te lloran muchos rostros cuyos nombres e historias no conocemos. Vidas que se fueron encontrando con tu ternura en medio de la imprevisibilidad de los caminos, porque Matías era un hombre del camino.

En esta tarde nos podemos preguntar. ¿Qué extrañamos de Matías? Probablemente nos falta tu mirada tierna y tu escucha sin tiempo. Nos falta tu palabra justa y tus silencios. También extrañamos la risa y la discusión apasionada. Seguramente nuestras mesas son más breves y nuestras conversaciones menos utópicas, porque muchos encontramos en ti un gran alentador de sueños. ¿Quién nos mirara con tanto cariño? ¿Quién nos escuchará con tanta atención y ternura?

Tengo la impresión que la despedida de Matías comenzó un poco antes de su muerte, probablemente en esa última eucaristía que celebró solo con sus padres, el día de su cumpleaños 48. Fue su última acción de gracias, celebrada en la intimidad con la fuente de su vida, Álvaro y María Isabel. Luego vendrán días de tranquilidad, lectura y conversación. Y el mismo día de su muerte, con la lentitud característica, se despidió de la inmensidad del océano, tomado del brazo de su padre, como un niño que camina nervioso hacia su primer día de clases. Nos conmueve la imagen de un hombre que antes de morir va a decirle adiós al mar, para depositar en él sus tesoros íntimos. En su mirada entran los versos de Baudelaire: “¡Hombre libre, siempre adorarás el mar! / El mar es tu espejo; contemplas tu alma / En el desarrollo infinito de su oleaje / Y tu espíritu no es un abismo menos amargo.

Sentado en una mesa junto al mar, pidió a sus padres que recordaran ese momento para enfrentar las tristezas venideras. Y en medio del silencio se apagó su mirada para siempre. Y desde ese momento la semilla, de la que nos habla el evangelio, comenzó a dar un fruto inesperado, en el silencio de la noche. Matías fue un buscador del silencio. “Derramando palabras, de mis silencios vengo y a mis silencios voy. Y en tus silencios labras el grito que sostengo y el silencio que soy”, dirá el profeta Casaldáliga. Matías, ya eres el silencio que toda tu vida buscó.

Hoy queremos dar gracias al Dios de los pobres, por un hermano que murió fiel a su vocación de entregar la vida entera a la causa del reino. Y sus grandes sueños se los jugó en lo pequeño, como el grano de mostaza. Un hombre que, lleno de amores y rostros, gozó la sutil alegría de la fidelidad conquistada. Su andar es una invitación a besar el presente, sin preocuparnos del mañana. La vida de Matías abrazó lo pequeño y lo ineficaz, como lo hicieron las vidas de Carlos de Foucauld y Esteban Gumucio, en quienes encontró honda inspiración y sintonía espiritual.

Podríamos recordar muchos momentos vividos con Matías. Yo sólo quiero recordar uno, el día en el que llego a vivir a Argentina. Llego una mañana de abril del 2017 después de un largo viaje en bus. Lo pasé a buscar a un paradero de Moreno. Luego de buscarlo por muchas partes lo encontré sentado en el camino, vestido con alpargatas y una ropa vieja. Estaba tocando quena, con una mochila de scouts y tres grandes cajas de libros. Nos abrazamos y nos reímos como tantas veces. Me contó que casi no lo dejan entrar, porque la cantidad de libros que llevaba no era normal. La policía le dijo que parecía un “traficante de libros”. Y el diagnóstico no era tan errado. Matías era un traficante de libros, pero también era un traficante de poemas, de palabras, de miradas, de ternuras. Un traficante de utopías con sabor a reino. Ese mismo días comenzó su historia de amor con el pueblo argentino y con la Iglesia de Merlo – Moreno.

En sus años de vida argentina, desplegó con fuerza las dos principales dimensiones de su existencia. La del hombre que gozaba la fiesta, en medio del pueblo, y la del hombre que gozaba de la intimidad itinerante con Jesús, en medio del silencio, la soledad y la lectura reposada (perfecta mezcla de su gen materno y paterno). La hermosa gente de nuestra parroquia San José en Libertad hizo que la última etapa de su vida fuera vivida con profunda alegría, hasta llevarlo a decir “aquí podría vivir toda mi vida”. Y así será. El fruto de su paso vivirá para siempre en el barro de esas calles y en el corazón de su gente.

Gracias querida Parroquia San José, por hacer que la vida de Matías haya sido tan feliz en estos últimos años. Y gracias a cada uno de los lugares por los que Matías pasó haciendo el bien, en las sencillas comunidades de Damián de Molokai, La Unión, el colegio Manquehue y Roma.

Gracias, Padre bueno, por el regalo de tener a Matías entre nosotros. Gracias, Matías, por ser tan parecido a Jesús. Ahora solo nos queda seguir acompañándonos en la pena de tu ausencia y en la esperanza de tu memoria. Cada vez que estemos solos frente a un mar sin fin, aparecerán tus ojos y tu voz, para recordarle a nuestra vida su belleza olvidada. Para decirle a la quietud de nuestros pasos, “hay que seguir andando”, a pesar de todo.

Tu vida y tu muerte están llena de versos sin destino. Por eso te despido con la poeta Emily Dickison: “Morir no duele mucho / nos duele más la vida. Pero el morir es cosa diferente, tras la puerta escondida”.

Matías, querido compañero, ya has partido al vuelo de lo eterno. Nosotros, en cambio, somos las ramas y los pájaros que se quedan. Sigue acompañándonos, porque tú eres la risa, la libertad, el silencio y la fiesta.

*Nicolás Viel ss.cc*